

la punta de la pica reluciente. Estremeci6se el Rey al ver la roja sangre correr en abundosa vena; mas no cobarde huy6 de la batalla; y cual rabiosa fiera, con su pica arremeti6 6 Coon, que ya el cad6ver de Ifidamante asiendo, le arrastraba por un pi6 h6cia los suyos, y en horrendas voces llamaba 6 los valientes todos. Y en medio de la turba, por debajo del c6ncavo broquel, le hiri6 en el vientre con la aguzada pica; y en la arena derrib6dole habiendo, con la espada sobre el mismo cad6ver del hermano le cort6 la cabeza. As6 estos hijos de Antenor perecieron, del Atrida por la diestra vencidos; y sus almas, cumplido ya de su vivir el plazo, juntas bajaron al averno oscuro.

Y todav6a Agamenon marchaba por entre los primeros campeones, con la pica, la espada 6 grandes piedras haciendo estrago en la troyana hueste, mi6ntras que de la herida le saltaba a6n la sangre caliente; y cuando seca fu6 ya la herida y se cuaj6 la sangre, dolores agud6simos sent6a el valiente adalid. Como en el parto agudo pasador y amargo sienten las mujeres, lanzado por la diestra de las hijas de Juno, las Ilitias, madres del padecer, que de los partos envian 6 su arbitrio los dolores; tan agudos, acerbos y terribles eran los que el valor debilitaban del Atrida. Y subi6ndose en el carro, mand6 al auriga que en veloz carrera 6 las naves guiara los bridones, porque mucho el dolor le atormentaba. Y en penetrante voz 6 los Aquivos grit6 para que firmes peleasen:

«¡Amigos (les decia) y de los Griegos
»Pr6ncipes y adalides! 6 vosotros
»toca alejar la llama abrasadora
»de las tiendas y naos; pues me niega
»6 mi el supremo Jove todo el d6a
»con los Troyanos pelear valiente.»

Dijo, y el escudero 6 los caballos hiri6 con el 6zote, 6 los nav6os para que acelerados caminaran;

y ellos al aire las hermosas crines sueltas, volaban d6ciles, el pecho en espuma ba6ado y polvorosa nube alzando que en torno los cercaba, y al afligido Rey de la pelea l6jos llevaron pronto. Y del combate H6ctor al ver que Agamenon sal6a, 6 los Teucros y Licios, esforzando cuanto pudo la voz, as6 animaba;

«¡Teucros, Licios, Dardanios valerosos!
»sed varones, amigos, y acordaos
»del antiguo valor. El m6s terrible
»guerrero se ausent6 de la pelea,
»y 6 mi alta gloria Jove ha concedido.
»Aguijad los caballos poderosos
»contra los enemigos, y m6s grande
»a6n ser6 vuestra gloria que la m6a.»
Con estas voces varonil pujanza 6 todos infundi6 dentro del pecho.

Cual cazador que colmilludos canes aguija con su voz contra el cerdoso jabal6 6 el leon; as6 6 los Teucros con su voz animaba en la pelea contra los Griegos H6ctor, parecido 6 Marte, el destructor de los humanos. Y al frente de sus tropas orgulloso caminando, se entr6 por la batalla cual de repente de las altas nubes la r6faga del viento embravecido baja y conmueve el azulado ponto

«¿6 qui6n decidme, oh Musas, el primero y el 6ltimo las armas y la vida H6ctor quit6 mi6ntras el padre Jove la victoria le daba? Fu6 el primero Asseo, y despues de 6l Autono, Op6tes, D6lope, hijo de Clitio, Ofeltio, Esimno, Oro, Agelao y el valiente Hipono. Todos estos caudillos de los Griegos fueron muertos por 6l, 6 innumerables oscuros campeones. Como suele el c6firo barrer las densas nubes que en negros remolinos acumula r6pido el Noto las ingentes olas revolviendo del mar, y blanca espuma en alto se levanta al resonante soplo del viento impetuoso; tantas cabezas de ignorados combatientes en el polvo ca6an, por la mano de H6ctor cortadas sin cesar. Y fuera el estrago mayor 6 irreparable

el da6o que 6 los Grieg6s las haza6as hicieran del Troyano, y 6 sus naos azorados huyeron los Aquivos, si al hijo valeroso de Tideo Ul6ses no dijera en altas voces:

«¿C6mo as6, Diom6des, olvidamos
»el antiguo valor? Acude, amigo,
»y 6 mi lado te pon; mengua ser6a
»que H6ctor se apoderase de las naos.»
Diom6des respondi6: «Yo al enemigo
»firme resistir6, ni ya cobarde
»huir6 de la batalla; pero in6til
»nuestro valor ser6; que el padre Jove
»quiere dar la victoria 6 los Troyanos.»

Dijo, y en tierra al infeliz Timbreo, despues que con su lanza los pulmones le atravesara, derrib6 del carro; y Ul6ses 6 Molion, el escudero del valiente adalid, quit6 la vida. Y all6 6 los dos dejaron, sin tomarles la armadura, contentos con haberlos para siempre alejado de la guerra; y entrando en las escuadras enemigas, sembraban el terror. Como 6 la turba de los perros de caza desordenan dos jabal6es, si arremeten fieros; as6 los dos en la troyana hueste, al combate volviendo, estrago mucho hac6an, y entretanto los Aqueos, que iban huyendo de H6ctor, un instante pudieron respirar. Cogieron vivos, y su carro hermos6simo tomaron, Ul6ses y su fuerte compa6ero 6 dos hermanos que en su patria fueran los m6s valientes. Ambos eran hijos de M6rope el Percosio, y Diom6des 6 los dos degoll6 y de la armadura los despoj6; y Ul6ses por su mano 6 Hip6damo 6 Hip6roco las armas y la vida quit6. Y ent6nces Jove, que el combate miraba desde el Ida, la batalla igual6, y en ambas haces igual era el estrago. Diom6des al hijo de Peon, el valeroso Ag6strofo, alcanz6 y la aguda lanza en medio le clav6 de la cadera. Cerca de all6 el Troyano sus bridones para huir no ten6a; que distantes del campo de batalla al escudero los dej6, y este error le fu6 da6oso.

Y adelantado 6 la primer hilera, 6l 6 pi6 batallaba, hasta que 6 manos de Diom6des perdi6 la dulce vida.

No tard6 H6ctor en ver que sus falanges destrozaban los dos, 6 impetuosos 6 ellos se encamin6, terribles voces dando, y la flor de todos sus guerreros le segu6a. Turb6se Diom6des cuando le vi6 venir, y 6 Ul6ses dijo:

«Sobre nosotros, cual torrente hinchado,
»H6ctor se precipita furibundo.
»Esper6mosle, pues, y valerosos
»resistamos del Teucro 6 la pujanza.»

Dijo, y blandiendo su lanzon enorme, contra H6ctor le arroj6, y errado el tiro no fu6. Porque, apuntando 6 la cabeza, en la parte m6s alta del almete di6 la acerada punta; mas el duro bronce la rechaz6, y hasta la carne no pudo penetrar; que el alongado yelmo de tres dobleces, que le diera el rubio Febo, lo impidi6. 6 su escuadra H6ctor retrocedi6, y entre la turba confundido y cayendo de rodillas, se asegur6 con la robusta mano sobre la tierra, y tenebrosa noche cerc6 de oscuridad ambos sus ojos. Mas en tanto que el hijo de Tideo por la primer hilera atravesaba 6 recoger la pica, que de punta se clavara en la tierra, ya el aliento H6ctor cobrado hab6a, y en su carro subido, h6cia la turba los bridones guiaba. As6 evit6 que le matase el Aqueo; mas 6ste, con la pica armado ya, le dijo en altas voces:

«¡Perro! esta vez la muerte has evitado,
»que ya cerca tuviste; porque Febo,
»6 quien t6mido imploras cuando sales
»6 campa6a, tu fuga ha protegido.
»Mas si otro d6a en la comun pelea
»volvemos 6 encontrarnos, yo la vida
»te quitar6 si favorable tengo
»algun Dios. Hoy 6 los dem6s Troyanos
»perseguir6, matando al que pudiere.»

As6 dijo, y volvi6ndose al cad6ver del hijo de Peon, las ricas armas 6 quitarle empez6; y en tanto P6ris, por la excelsa columna defendido que el t6mulo soberbio coronaba

del antiguo Rey Ilo, su ballesta armaba contra el Griego. Y mientras éste, afanoso, del pecho la coraza de vistosa labor al infelice Agástrofo arrancaba, y de los hombros el relumbrante circular escudo y el pesado morrion de la cabeza, Páris el arco disparó. Y en vano de su diestra no huyó la flecha aguda, que logró herirle en el talon derecho, y la punta, despues de atravesarle de parte á parte, se clavó en la tierra. Y con dulce sonrisa, del acecho salió Páris de un salto, y orgulloso así insultaba al campeón valiente:

«Herido estás, y en vano la saeta arrojada no fué. ¡Pluguiera á Jove que en medio de tu vientre se clavara y perdieras la vida! Los Troyanos así respirarian en sus males; que tiemblan á tu nombre, como suelen temblar las cabras si al leon han visto.»

Diomedes respondió con faz serena: «¡Archeró insultador, que el arco solo manejar sabes! ¡Seductor astuto de jóvenes sencillas! Si con armas varoniles y á cara descubierta probaras mi valor, no te valdrian ni el arco ni las flechas voladoras. Hoy vana es tu alegría. Has conseguido leve rasguño en el talon hacerme; pero yo tanto de la grande herida me curo, cual si fuese por la mano hecha de una mujer ó un rapazuelo. Fuerza no tiene el dardo que dispara un cobarde; muy otra de mi diestra sale la aguda lanza, y aunque poco en la carne penetre de un guerrero, pronto le mata, y sollozando triste su esposa, las mejillas delicadas se despedaza en su dolor, y lloran huérfanos ya los hijos; y el cadáver, con su sangre la arena enrojeciendo, allí se pudre, y los voraces buitres en torno de él asisten y no esclavas.»

Así decia, y entretanto Ulises, del amigo volando á la defensa, se le puso delante. Y á su espalda sentándose Diomedes, la saeta sacó de pié; pero dolor terrible

por su cuerpo corrió. Subió en el carro, y dijo al escudero que á las naves le dirigiese, y afligido mucho su corazon estaba. Quedó Ulises allí solo, y ninguno de los Griegos osaba defenderle, porque todos cayeron en temor. Y hondo gemido el héroe despidiendo, en estas voces con su valiente corazon hablaba:

«¡Oh misero de mí! ¿qué desventura los hados me preparan? Vergonzoso es huir por temor de que me maten los muchos enemigos que de cerca ya me acometen, y mayor deshonra sería aún que me cogiesen vivo si quedo solo; que á los otros Dáneos ha puesto en fuga el poderoso Jove. Pero ¿á qué estas razones importunas me dice el corazon? ¿Ignoro acaso que en las batallas los cobardes huyen, pero no el adalid que tenga dadas pruebas de su valor, y que éste debe su puesto mantener, ya herido sea, ya logre herir al que le embiste fiero?»

Mientras él estas dudas agitaba en lo interior del pecho, numerosas escuadras de Toyanos valerosos ya en torno le cercaban, en el centro ellos mismos poniendo su ruina. Cual suelen acosar por todas partes al jabalí en el monte los alanos y los robustos mozos, y él saliendo del espeso jaral que le ocultaba, en la corva mandíbula el colmillo cándido aguza y muestra, y le acometen ellos por todos lados, y aunque cruja los dientes él y corpulento sea, su acometida esperan animosos; así entónces á Ulises acosaban los Troyanos. Mas él, que protegido era por Jove, acometió valiente á Deyopites con su aguda lanza, y en el hombro le hirió. También la vida á Énnomo y á Toon quitó; y haciendo estrago mucho en la troyana hueste, luego á Quersidamante, que del carro saltaba en la tierra, en el ijar derecho, por la parte que entónces presentaba del cóncavo broquel no defendida, clavó su lanza, y en la arena el triste

cayendo, asió con la robusta mano la tierra, y respiró. Las armaduras sin quitar á los cuatro, y á otra parte volviéndose, á Caropo, hijo de Hipasio y hermano entero del valiente Soco, con su lanza mató. Vino el hermano, á un Dios en valentía semejante, á defender el muerto, y cuando estuvo cerca de Ulises, se paró y le dijo:

«¡Célebre Ulises, tan fecundo siempre en ardidés de guerra, y de trabajos constante sufridor! Este es el día en que te jactarás de haber la muerte dado y cogido sus brillantes armas de Hipasio á los dos hijos valerosos, ó atravesado con mi aguda pica, aquí darás el último suspiro.»

Así diciendo, en rápida carrera acometió, y en el escudo al Griego acertó á dar, y la robusta lanza pasó por la rodela relumbrante. Y la doblada cuera atravesando, á clavarse llegó, y el cútis todo le rasgó del costado; pero Pálas no permitió que dentro penetrase en el cuerpo del héroe. Sintió Ulises que en paraje mortal no estaba herido, y saltando hácia atrás algunos pasos, á Soco dijo en arrogantes voces: «¡Misero tú! que al término llegaste ya de la dulce vida. Has conseguido impedirme que siga combatiendo con los Troyanos; pero yo te anuncio que en este día de la negra muerte la víctima serás, y atravesado por esta pica, me darás la gloria del vencimiento y á Pluton el alma.»

Así decia, y entretanto Soco, vuelta la espalda, en pavorosa fuga ya se pusiera; pero pronto Ulises, por detrás, en el medio de los hombros la pica le clavó con tal pujanza, que por el pecho le asomó la punta. Cayó en el suelo, retembló la tierra, y Ulises insultándole decia:

«¡Ah, Soco, hijo de Hipasio el valeroso campeón y jinete esclarecido! ya te cogió la muerte, y ni la fuga te ha salvado. ¡Infeliz! que ni tu padre ni tu madre amorosa aquí los ojos,

ya que debes morir, podrán cerrarte, y en torno de tu cuerpo revolando las carnívoras aves de rapiña, te despedazarán. A mí, aunque muera, me harán los Griegos funerales honras.»

Sacó despues Ulises del costado y cóncavo broquel la aguda pica con que le hiriera Soco, y al sacarla saltó la sangre, y afligido mucho el héroe fué. Los campeones teucros, cuando vieron correr la roja sangre del Griego, se animaron, y en la turba exhortándose en alta gritería todos contra él marcharon; y el Aquivo, lentamente hácia atrás retrocediendo, á los suyos gritaba que vinieran á socorrerle pronto. Cuanto pudo la voz alzando, los llamó tres veces, y tres el belicoso Menelao sus clamores oyó, y así decia á Ayax de Telamon que estaba cerca:

«¡Ayax! á mis oídos los clamores del magnánimo Ulises han llegado, al grito semejantes que daría si estando solo le embistiesen fieros, habiéndole cortado en la pelea, los Troyanos. Rompiendo las escuadras vamos nosotros á salvarle, amigo! Esto conviene; porque mucho temo que solo y de enemigos rodeado, aunque es valiente, resistir no pueda; y si muriese, los Aquivos todos su falta sentirían.» Esto dicho, el primero marchaba: y semejante Ayax á un inmortal, siguió sus pasos; y ambos vinieron donde estaba Ulises, por Jove defendido, cuando mucho ya los Troyanos todos le acosaban.

Como en el monte los hambrientos lince, si moribundo hallaron algun ciervo á quien un cazador hubiese herido con la flecha del arco despedida, y él hubiese escapado vagaroso corriendo en tanto que la roja sangre caliente estaba y sus rodillas firmes, cuando ya la saeta le ha privado de su vigor, con los agudos dientes le están despedazando, pero luego, si un furioso leon trajere el hado, todos los lince huyen, y él devora

la presa; así los Teucros acosaban en derredor al afligido Ulises muchos y valerosos, y él vibrando la pica se libraba de la muerte, cuando Ajax vino con su enorme escudo alto como una torre, y á su lado se colocó; y los Teucros á su vista despavoridos, cual por una parte cual por otra, escapaban. Menelao en tanto á Ulises, por la mano asido, de la lid alejó mientras venía el escudero fiel con los bridones.

Ajax despues, á la troyana hueste acometiendo, con su aguda lanza atravesó á Doricio, hijo bastardo de Príamo; y á Pándoco, á Pilártés, á Lisandro, y á Píraso, la vida quitó tambien. Cual baja de la sierra el hinchado torrente que acrecieron lluvias copiosas por el padre Jove enviadas, é inunda las campiñas, y encinas muchas y frondosas lleva en pos y muchos pinos, y de cieno grandes montones á la mar arrastra; así por la llanura el valeroso Ajax desbarataba las falanges, los trotones matando y los guerreros, sin que Héctor advirtiera de los suyos la general derrota. Peleaba de todo el campo en la siniestra parte á la orilla del plácido Escamandro, y allí más numerosas las cabezas rodaban por el polvo, y estruendosa inmensa vocería se escuchaba de Idomeneo en derredor y Néstor.

Hácia esta parte el héroe combatía ya subido en el carro, ya su lanza vibrando desde tierra, y admirables eran sus hechos, derribando él solo de jóvenes falanges numerosas. Mas ni aún así retrocedido hubieran los Aqueos, si París, de tres puntas entónces una flecha disparando, en el hombro derecho herida grave hecho no hubiese á Macaon, que ardido entre los más valientes combatía. Temieron los aquivos campeones no fuese que inclinada la pelea en favor de los Teucros, le matasen, y así á Néstor decia Idomeneo:

«¡Ilustre Néstor! en tu carro sube, »ocupe Macaon despues tu lado, »y á las naves dirige los bridones; »pues vale más que muchos combatientes »el médico que extrae las saetas, »y calma los dolores á la herida »süaves medicinas aplicando.»

Obedecióle Néstor, y ligero en el carro subió, y á su derecha se asentó Macaon. El Rey de Pilos hirió con el azote á los caballos, y ellos alegres, y llegar queriendo, á las tiendas volaban y las naves.

Cebrion, que los caballos corredores de Héctor guiaba, la crüel derrota advirtió de los Teucros en la parte en que Ajax combatía, y á su hermano dijo en turbada voz: «¡Héctor! nosotros »aquí al extremo de la línea toda »en hórrida pelea combatimos; »pero por todas partes en confuso »tropel huyen los hombres y caballos, »y Ajax de Telamon los desbarata. »Yo bien le he conocido, que cubiertos »tiene los hombros con el ancho escudo. »Vamos nosotros, pues, á aquella parte »donde los conductores de los carros »y los infantes en terrible lucha »hieren y son heridos, y espantoso »clamor resuena en derredor del campo.»

Dijo, y al mismo tiempo á los bridones aguijó con el látigo, y sintiendo ellos el golpe, las hermosas crines sueltas al aire, en rápida carrera fácil llevaban el voluble carro. Y de Teucros y Aquivos las escuadras atravesando, escudos y ballestas pisaban y cadáveres; y el eje y los dos semicírculos del carro estaban por debajo enrojecidos con las golas de sangre que las ruedas lanzaban y los piés de los caballos,

Héctor ardientemente deseaba á la escuadra llegar de los Aquivos y acometer valiente, y las hileras romper de los primeros campeones. Y ya llegado, al enemigo puso en desórden y fuga; que un instante no estaba quieta su terrible lanza. A los demás guerreros perseguía

con la pica, la espada y puntiagudas piedras; pero evitaba cuidadoso con Ajax encontrarse en la pelea.

En tanto Jove repentino miedo infundió en Ajax; y aturdido el héroe se paró pensativo, y á la espalda echó por fin el anchuroso escudo y empezó á retirarse; pero siempre en derredor mirando, semejante á una fiera, con pasos perezosos, volviendo la cabeza, caminaba. Así como los perros y pastores ahuyentan del establo de los bueyes al tostado leon y no le dejan, toda la noche vigilando atentos, gustar la dulce carne, y él furioso una y más veces acomete en vano; que espesísima nube de saetas robustas manos sin cesar derraman, y gran copia de teas encendidas, que él mucho teme, y aunque esté acosado del hambre, en fin al clarear la aurora se retira á la selva macilento; así Ajax lentamente del combate, á su pesar y el ánimo afligido, se retiró, porque temía mucho que los Teucros quemasen los bageles de los Griegos. ¿Al asno perezoso has visto alguna vez que á los sembrados se acerca, despreciando la cuadrilla de muchachos que intentan alejarle, en su lomo rompiendo muchas varas, y al fin penetra y con agudo diente el alcacer despunta, y los rapaces más y más le apalean, pero débil es su fuerza, y si al fin con gran trabajo le ahuyentan, es despues que de alimento está saciado ya? Pues de esta suerte de Telamon al hijo valeroso Troyanos y auxiliares perseguían, lanzando siempre sobre el grande escudo armas arrojadas. Pero el héroe, ya del valor antiguo se acordaba, y haciendo frente al escudron troyano, su marcha detenía, ya cobarde se entregaba á la fuga, y de este modo á todas las falanges enemigas estorbaba llegar á los navios; y colocado al fin entre las haces, combatía cual furia del averno,

y los Teucros de flechas y de picas sobre él copiosa nube derramaban. Y las que en su camino más veloces volaban por el aire, en el escudo á clavarse venían, y otras muchas, sin llegar á su cuerpo, se quedaban en tierra y de su carne codiciosas,

Cuando por tantas flechas acosado Eurípilo vió al héroe, á su socorro diligente voló. No tardó mucho en alcanzarle, y á su lado puesto, vibró la aguda lanza, que en el vientre de un adalid Apisäon llamado, hijo de Fausia, se clavó, y sin vida cayó el Troyano. Eurípilo al cadáver corrió, y ya de los hombros la armadura estábale quitando; pero vió el lindo París, y al instante el arco asestó contra el Griego. Y una flecha aguda disparando, logró herirle en el muslo derecho. Por el palo la flecha se rompió, pero la punta allí quedó clavada, y penetrantes dolores él sintiendo, á sus legiones se retiró por evitar la muerte, en alta voz gritando á los Aqueos:

«¡Príncipes y caudillos de la Precia, »amigos! Dad la cara á los Troyanos, »y firmes combatiendo, de la muerte »á Ajax librad, que de enemigas flechas »cubierto está, y no creo que con vida »pueda volver de la batalla. Todos »en torno le cercad, y al enemigo »resistid animosos.» De esta suerte el valeroso Eurípilo decia; y en torno de él los Griegos reunidos, embrazando el escudo y levantadas las picas, le cubrieron, y á juntarse Ajax con ellos vino. Cuando libre se vió y entre los suyos, con los Teucros volvió á lidiar, y cual fogosa llama estrago hacía en la troyana hueste.

Y mientras él valiente combatía, los caballos del hijo de Neleo, bañados en sudor, de la pelea á Macaon sacaban. Vióle Aquiles; que en la alta popa de su gran navío puesto de pié, la vergonzosa fuga y general derrota contemplaba de los Aqueos; y en horrendas voces